

MARIANO DE VEDIA

Francisco, el papa del pueblo

El hombre que le cambió
el rostro a la Iglesia

EDICIÓN
AUMENTADA



MARIANO DE VEDIA

Francisco, el papa del pueblo

El hombre que le cambió
el rostro a la Iglesia

UNO

El 13 del 3 del 13.
El día de Francisco

«**Q**ue Dios los perdone por lo que acaban de hacer». Mitad en broma, pero consciente de la pesada responsabilidad que comenzaba a llevar sobre sus espaldas, el pontífice elegido sobre el filo de la segunda jornada del cónclave trataba de comprender el sentido de la misión que el Señor le estaba encomendando. El cardenal Jorge Mario Bergoglio, que a los 76 años tenía derecho a imaginarse más cerca del retiro episcopal y de una vida más orientada al recogimiento y a la oración personal, luego de cuarenta y cuatro años de entrega sacerdotal y de apacentar el rebaño de casi tres millones de fieles porteños durante casi dos décadas, se encontraba en las puertas de una nueva misión. Con una mayoría abrumadora, los 114 cardenales que ante una expectativa mundial inédita debían resolver la primera sucesión de un pontífice renunciante en casi

seiscientos años de historia, eligieron a un hombre que, con gestos sencillos y casi imperceptibles, transformó la mirada del mundo sobre una de las más profundas crisis de la Iglesia en el tiempo moderno. Y se metió en el bolsillo a miles de católicos y no católicos sorprendidos por un pontífice austero, amigo de los pobres, Papa del pueblo y párroco del mundo.

Eligió el nombre de Francisco y como un halo misterioso en la noche romana, la Plaza San Pedro y el mundo se poblaron del espíritu del santo de los pobres. El primer papa jesuita, el primer pontífice argentino y latinoamericano, pasaba a ocupar en puntas de pie el trono de San Pedro. Sin estridencias ni gestos ampulosos. Sin ortodoxias ni facilismos demagógicos. «El Papa es obispo de Roma. Me parece que mis hermanos cardenales han ido a encontrarlo casi al fin del mundo», dijo en un italiano suave, fiel al origen piamontés de sus padres, en un mensaje que todo el mundo entendió y que cautivó a todos, creyentes y no creyentes. Asumió el peso de la misión, en tiempos en que el mundo puso en jaque al cristianismo, y desechó el boato y la ostentación. Bendijo a todos con la sencilla sotana blanca y la cruz pectoral de plata que venía usando desde su primer día de obispo, sin reemplazarla por el oro, símbolo del poder y el sometimiento.

Francisco, un nombre que ningún Papa había elegido en dos mil años de historia, tomó el timón de la

Iglesia y viró la nave hacia un rumbo nuevo, hacia el encuentro con la gente, para ofrecerle esfuerzo, oración y humildad. No solo con palabras, sino, especialmente, con gestos. Una oración en silencio, una reverencia para ponerse al servicio de todos y un pedido para que el pueblo rece por su pastor fueron el preámbulo de un silencio que se extendió al mundo en un instante, cuando su figura apareció en el balcón de San Pedro. «Ahora me gustaría dar la bendición, pero primero pido un favor: antes de que el obispo bendiga al pueblo, les pido que oren al Señor para que me bendiga».

La multitud que lo ovacionaba hablaba distintas lenguas y reflejaba una diversidad de orígenes y procedencias. La mayoría de las 120.000 personas reunidas en la Plaza San Pedro no lo conocía el día anterior y todos, en especial los italianos, lo asumieron como propio. Los brazos de las 284 columnas que diseñó Gian Lorenzo Bernini quedaban chicos para albergar tanto entusiasmo y expresiones de alegría.

La fumata blanca, tras la quinta votación de los cardenales, había anunciado a las 19:06 que en la Capilla Sixtina todo se había consumado: ya había Papa. En una imagen que recordó la emotiva escena de fines de marzo de 2005, cuando una paloma se acercó a Juan Pablo II en su última aparición en el balcón de sus aposentos pontificios, una gaviota se posó sobre la chimenea, como si hubiera sido enviada por el Espíritu Santo.

Una señal de que en medio de tantas especulaciones, candidaturas y suspicacias, alguna influencia y pequeña intervención se le puede reservar al Espíritu Santo en el cónclave. Ante la nítida fumata blanca, la multitud estalló en gritos y muchos debieron restregarse los ojos, a la espera de que apareciera el elegido. Como reguero de pólvora, la tensión y la incertidumbre se trasladaron a las principales ciudades del mundo, donde los más avanzados equipos de telefonía no podían superar los bloqueos por el intenso tráfico digital que a esa hora se produjo en las redes sociales.

Era el 13 del mes 3 de 2013. Y, curiosamente, el reloj marcaba las 20:13, hora de Roma, cuando el cardenal protodiácono Jean Louis Tauran abrió los cortinados del balcón y anunció allí una de las frases más esperadas: *Annuntio vobis gaudium magnum: Habemus Papam! Georgium Marium Bergoglio, qui sibi nomen imposuit Franciscum*. Es la fórmula que la Iglesia tiene para transmitirle al mundo el mayor gozo, que proviene de finales del Quattrocento, y que anuncia una gran alegría: la elección del sucesor de Pedro. Si la barca andaba a la deriva, en una de las tormentas que más habían afectado a la Iglesia en los últimos tiempos, ya había sido elegido y tomado su puesto el capitán encargado de enderezarla y sacarla a flote.

Cada paso en la vida sacerdotal es una misión nueva para este religioso, lector de Jorge Luis Borges y

Leopoldo Marechal y amigo de los pobres, estudiante de química y jesuita. Ahora está ante miles de fieles que esperaban ansiosos el resultado de la fumata blanca, tras el impacto que había sacudido al mundo cuando se conoció la renuncia de Benedicto XVI, que en la mañana del lunes 11 de febrero, próximo a cumplir 86 años y tras casi ocho años de pontificado, ofreció un gesto casi sin precedentes y anunció su dimisión. «Por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino». Habló de un mundo «sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe».

Todo había pasado muy rápido. Jorge Bergoglio, que en el cónclave de 2005 había tenido una relevante actuación, fue uno de los últimos cardenales en viajar a Roma y uno de los pocos que llegó al Vaticano a pie, fiel a su hábito de manejarse con el transporte público y no usar autos oficiales.

La sencillez y la austeridad que el mundo descubrió en la noche del 13 de marzo de 2013, cuando se convirtió en el Papa N° 266 y desechó la tradicional pompa que sus antecesores aceptaban, no es producto de una impostación o estrategia, sino que forma parte de un estilo de vida al que se aferró con la rigurosidad de un religioso jesuita. Acostumbrado, tal vez, al método y a la disciplina que suelen estar presentes en la formación que se imparte en las órdenes religiosas, este modo de

actuar de Francisco no tiene sus raíces en el sacrificio y la flagelación autoimpuesta, sino en la coherencia que le impone su convicción de sentirse uno más entre sus fieles.

Con el antecedente de la elección papal anterior, cuando según los trascendidos más confiables llegó a reunir unos 40 votos, al convertirse en el cardenal más votado del sector identificado con el cardenal italiano Carlo Martini, jesuita como él y abanderado del ala progresista, Bergoglio era señalado esta vez como un gran elector. A los 76 años y con la renuncia al arzobispado de Buenos Aires ya presentada, por llegar al límite de edad fijado por las normas canónicas, no figuraba ahora como candidato pero se lo veía con poder de influencia. Los medios no se ocupaban de él como lo hacían del cardenal brasileño Odilo Pedro Scherer (arzobispo de San Pablo), el canadiense Marc Ouellet (prefecto de la Congregación de los Obispos) y el italiano Angelo Scola (arzobispo de Milán). Pero los entendidos estimaban que su palabra y su guía iban a inclinar muchos votos en favor de un candidato u otro. Sus intervenciones en las congregaciones generales, los encuentros de cardenales previos al cónclave, en las que habló del rostro de la misericordia de Dios, fueron tan decisivas que la balanza se inclinó finalmente, y muy a su pesar, a favor de él. Allí dijo, sin medias tintas, que «la vanidad del poder es un pecado para la Iglesia».

Francisco alcanzó y superó largamente en la quinta votación los dos tercios de los votos requeridos para ser elegido pontífice. Habría entrado con un manifiesto apoyo de 30 cardenales, por lo menos, un piso que con el correr de las votaciones y las deserciones de algunos purpurados que vieron reducidas sus chances, como el italiano Scola, fue creciendo en forma paulatina. En el recuento de los votos, en el último turno de votación del miércoles 13, un aplauso, seguido de una ovación, saludó su consagración. En medio del desborde en la solemne Capilla Sixtina, el cardenal brasileño Cláudio Hummes, arzobispo emérito de San Pablo, que estaba sentado a su lado, lo abrazó, lo besó y le dijo: «No te olvides de los pobres». Eso iluminó al Papa electo, que decidió tomar el nombre de Francisco, en honor a San Francisco de Asís. La frase podría haberla pronunciado otro cardenal. Pero que fuera Hummes tenía para el cardenal argentino un sabor especial. Ambos representaban a América latina, un continente comprometido con la opción por los pobres. Los dos asumieron el mismo año, en 1998, como arzobispos: Bergoglio en Buenos Aires y Hummes en San Pablo. Ambos fueron nombrados cardenales por Juan Pablo II el mismo día: 22 de febrero de 2001. Y, quizás el detalle que más influyó en la elección del nombre, Hummes pertenece a la orden franciscana. En el ambiente flotaba otra jugada del Espíritu Santo: cuando muchos apostaban al arzobispo brasileño Scherer, el que jugó

una carta decisiva fue su antecesor, el arzobispo emérito Hummes, tal vez descartado por tener 78 años.

En honor de San Francisco, amigo de los pobres y promotor de la paz, Juan Pablo II había reunido por primera vez en Asís, en 1987, a líderes de distintas religiones para orar por el mundo y pedir por la paz. El nombre elegido del Papa también responde a esa ple-garia por la convivencia y la hermandad.

«Soy un pecador, pero acepto», dijo el cardenal primado de la Argentina al purpurado italiano Giovanni Battista Re, decano del colegio de cardenales en el cónclave y encargado de formular la pregunta de rigor a quien resultara más votado en la Capilla Sixtina.

Francisco se dirigió, así, a la contigua Sala de las Lágrimas, donde muchos pontífices electos rompen en llanto. Allí lo esperaba la vestimenta papal. De los tres modelos previstos eligió el tamaño medio y de inmediato sorprendió con una petición a los cardenales que le habían dado su voto. En su primer acto como Papa pidió llamar por teléfono a su antecesor, Joseph Ratzinger, en un diálogo que fue cordial y muy cálido. Si Juan Pablo II era la referencia obligada cuando Benedicto XVI fue elegido, Francisco tuvo siempre presente en sus primeros pasos como pontífice al papa emérito. Pidió orar por él en su primera aparición en el balcón, cuando hacía su presentación al mundo, lo llamó por teléfono el día de la misa de inicio de su pontificado,

para saludarlo por el día de San José (19 de marzo), y lo visitó personalmente el sábado 23 de marzo en la residencia de Castel Gandolfo, donde Benedicto XVI se recluyó inicialmente para rezar.

El cónclave concluyó con una procesión algo más relajada que la solemne marcha que los 115 cardenales habían emprendido rumbo a la Capilla Sixtina dos días antes. Se encaminaban al balcón de la Basílica de San Pedro, donde la Iglesia comunica al mundo la identidad del nuevo guía y pastor. Con un ritmo cansino, los cardenales avanzaron mientras, más presurosos, los guardias suizos corrieron a tomar sus lugares.

En ese trayecto, interrumpido por saludos, Francisco fue meditando las palabras con las que iba a acercarse al pueblo. En sus homilías en Buenos Aires siempre hablaba de la necesidad de dejarse «primerear» por Dios, que el Señor sea el centro, lo primero. Ahora iba camino a su primer contacto con la gente. Los iba a «primerear» con una lección de sencillez, que cautivó a todos.

«Fratelli e sorelle, buona sera» (Hermanos y hermanas, buenas noches), fue el primer saludo, que generó una singular sintonía con la gente, particularmente los italianos. Y continuó, en la misma lengua: «Les agradezco esta recepción. La comunidad diocesana de Roma tiene a su obispo: ¡gracias!».

En el balcón de San Pedro, adonde estaban dirigidas todas las miradas del mundo, no es casual ni caprichoso

que se haya presentado como obispo de Roma. Decidió mostrarse como un obispo más, como un primo entre sus pares. Un signo de la colegialidad episcopal, valorada en los textos del Concilio Vaticano II, que propone un estilo pastoral reñido con la verticalidad absoluta, sin espacio para el disenso y la variedad de puntos de vista. Esa clara visión de Francisco no menosprecia la autoridad del Papa, sino que la realza por el gesto generoso de mostrarse dispuesto a compartir y valorar, sin ceder un mínimo en sus responsabilidades y atribuciones, la visión que el conjunto de los episcopados pueden formular sobre un tema.

«Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de la Iglesia, que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi cardenal vicario, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa», comunicó Francisco a los fieles que desbordaban la plaza. «Muchas gracias por su recepción y recen por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto», concluyó. Así, un pastor que reconoce que no tiene el cielo ganado y que necesita de sus feligreses como ellos necesitan de él, penetró en la sensibilidad de los romanos y de muchos extranjeros, que sintieron que les hablaba en su mismo idioma.

Las redes sociales resumían los números del impacto que ya causaba Francisco, en los primeros minutos de su pontificado. El nombre de Francisco fue citado

14 millones de veces en los tuits. Como elemento de comparación, la renuncia de Benedicto XVI había generado 1,5 millones de menciones y la muerte de Hugo Chávez, 7 millones. El 70% fue por la entonces red social Twitter, el 22% por Facebook y el 5% en los blogs.

Como primera enseñanza, Francisco mostró cuáles iban a ser sus principales armas: la oración y la humildad. Puso en evidencia que el poder de la oración viene de abajo y se sustenta arriba, en lo alto, por la base que lo sostiene. En Buenos Aires, una ciudad sacudida por el desinterés y el desencanto, las iglesias se llenaron de fieles por un día. Las campanas repicaron y la esperanza se coló entre la gente. Había terminado el mundial de la competencia, donde hasta se llegó a apostar por la suerte de acertar por un cardenal italiano, brasileño o canadiense. En la Plaza San Pedro, en Roma, la religiosa senegalesa sor Ángela alzaba su voz para gritar: «Este es un papa de la humildad y la generosidad. Nos está diciendo que nunca hay que perder la esperanza».

Identificados con el mensaje, la Plaza San Pedro fue la plaza de todos. El Papa que iba en colectivo a las villas apareció despojado de todo símbolo de poder. Para el obispo francés Bernard Podvin, la elección de Francisco fue «una señal de renovación en la Iglesia» y celebró que «por primera vez la Iglesia de los pobres tiene un

Papa». Otros advertían el triple desafío que le esperaba al pontífice: solidaridad con los pobres, diálogo con el mundo y una apertura a quienes no comparten su plenitud es el lenguaje con el que la Iglesia transmite hoy su mensaje.

Mientras periodistas de todo el mundo pugnaban por lograr el mejor testimonio, el enfoque más original, la imagen más impactante, la gente empezaba a conocer a Francisco, al Papa de los pobres, al pastor de la esperanza, al hombre que hizo de la austeridad su estilo de vida. Un pontífice que tiene su historia, su vida y mantiene con coherencia la fidelidad a la vocación sacerdotal que descubrió a los 17 años, cuando sintió un impulso y entró en la iglesia porteña de San José de Flores para confesarse. Salió ese día del confesionario con una mirada renovada, una fuerza interior muy profunda, que conservó y multiplicó y que no lo llevó a abandonar inmediatamente el mundo. Maduró su vocación, entró al seminario tres años después y adoptó un estilo de vida sencillo, que pasó a ser parte de su identidad y de su fortaleza. Se formó con los jesuitas, fue superior provincial de la Orden creada por San Ignacio de Loyola, en los tiempos convulsionados de la América latina de los años 70 y, luego de retirarse a las aulas para ejercer su misión docente, fue buscado en 1992 por el arzobispo de Buenos Aires, cardenal Antonio Quarracino, y el papa Juan Pablo II para pedirle

que asumiera una nueva misión como obispo auxiliar de Buenos Aires.

Francisco desarrolló una sensibilidad muy cercana a las personas que viven situaciones de pobreza, marginalidad y desamparo. «Mi gente es pobre y yo soy uno de ellos», declaró una vez ante la prensa italiana, que destacaba su decisión de vivir en un sencillo departamento de la curia porteña y cocinarse la comida él mismo. Por ello, encontró un respaldo decisivo en sectores progresistas de la Iglesia, que lo vieron siempre como una bocanada de aire fresco frente al aparato burocrático de la Curia Romana. Los primeros pasos y gestos dados como sucesor de Pedro confirman esa percepción.

Le esperaba a Francisco el desafío de renovar una Iglesia sacudida por escándalos de sus propios hijos, en un mundo donde la vida de fe aparecía jaqueada por el avance del relativismo y la indiferencia religiosa.

Respetuoso de las formalidades, pero también amigo de los gestos que transmiten espontaneidad y frescura, Francisco escuchó con timidez el Himno Nacional Argentino que ejecutaron las bandas de música de la Santa Sede y de los carabineros en homenaje al Papa elegido. No podía evitar esta vez la exposición, como lo hacía habitualmente cuando tenía que viajar a Roma y muchas veces andaba por la calle con un modesto

sobretudo negro, para evitar que lo reconocieran por el llamativo color púrpura de la vestimenta de los cardenales.

Humanos al fin, los cardenales compartieron una cena esa misma noche y el Papa elegido se sentó en ella como uno más, en la residencia Santa Marta, donde todos se habían alojado para participar del cónclave.

El cardenal Timothy Michael Dolan, arzobispo de Nueva York y presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, contó una infidencia, que no rompe ninguna promesa de secreto, ya que describe una situación compartida entre los purpurados cuando el cónclave había ya finalizado. «Brindamos por él y cuando él brindó por nosotros, dijo: Que Dios los perdone». Hizo reír después a todos, cuando afirmó: «Voy a dormir bien esta noche y algo me dice que ustedes también».

Los gestos de Francisco preparaban el camino para los primeros pasos de su pontificado, sintetizados por un deseo que expresó tres días después de su elección ante 6000 periodistas de todo el mundo: «¡Cómo quisiera ver una Iglesia pobre y para los pobres!», dijo, con sus viejos zapatos negros gastados y mostrando incomodidad ante cada persona que lo saludaba besándole el anillo.

Así como Juan Pablo II llegaba en 1978 «desde un país *lontano* (lejano)» para hacer escuchar la voz de los

olvidados de la Europa del Este, en un acontecimiento que contribuyó sin dudas al desmoronamiento del comunismo y al derrumbe simbólico del Muro de Berlín, Francisco confirmaba la proclamada opción de la Iglesia a favor de los pobres, lanzada desde un continente sacudido por una realidad social lacerante, marcada por el drama cotidiano que posterga a 186 millones de pobres y 66 millones de indigentes. Según datos de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), el 29% de los habitantes es pobre, a lo que se suma un informe de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), que advierte que el 11,4% de los habitantes de América latina pasa hambre.

El nuevo Papa llegaba, así, desde una de las regiones con más desigualdades en el planeta y con más católicos en el mundo: 483 millones de personas. Llegaba desde un continente que en 1968, en la reunión de obispos latinoamericanos celebrada en Medellín, declaró la «opción preferencial por los pobres». La misma región que en 1979, en Puebla, México, llamó a una nueva evangelización y que en 2007, en la asamblea de obispos realizada en el santuario de Aparecida, Brasil, reconoció las luces y sombras en la vida cristiana y asumió el desafío de «convertir a la Iglesia en una comunidad más misionera». El documento lleva el estilo y la mano del cardenal Bergoglio, uno de sus principales redactores.

Desde ese lugar, lejano y a veces olvidado, Francisco llamó a los cardenales a «pasar de una Iglesia reguladora de la fe a una Iglesia que facilita y transmite la fe».

Pensando en la ardua tarea que le esperaba, el flamante Papa prometió en el balcón de San Pedro, donde comenzó su sintonía con la gente, que al día siguiente iría a visitar una iglesia en Roma para agradecerle a la Virgen y, medio en broma, les explicó que debía pasar por la residencia para tomar sus valijas y pagar la cuenta por el alojamiento. Así lo hizo. Concurrió a la basílica de Santa Maria Maggiore, la más importante dedicada a la Virgen en Roma, y se trasladó a la residencia Domus Pablo VI, sobre la Via della Scrofa, donde había estado alojado antes del cónclave, para «pagar la cuenta y dar el ejemplo».